

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Yo soy

Con autoridad y majestad soberanas, las primeras palabras del evangelio de Juan afirman y establecen claramente la divinidad eterna de Aquel que es llamado “el Verbo”, es decir, la expresión perfecta del pensamiento de Dios. Sin la manifestación terrenal de Aquel que es la imagen del Dios invisible (Colosenses 1:15), el Padre hubiera permanecido en su inaccesible divinidad; pero el Hijo nos lo dio a conocer y nos reveló la verdad que es imposible conocer de otra manera. “En el principio era el Verbo”. Tan lejos como nuestra limitada inteligencia pueda remontarse en la infinidad de la eternidad pasada, este Verbo existía, ya estaba. Era distinguible de Dios (“el Verbo era con Dios”), aunque tenía la misma esencia (“y el Verbo era Dios”).

Comprendemos fácilmente que Juan nos presenta al Señor Jesús como idéntico al gran “Yo soy” que se reveló a Moisés en la zarza ardiendo. Incluso un sabio como Moisés, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, se acercó para ver tan incomprensible fenómeno. Entonces Dios le reveló quién es: “YO SOY EL QUE SOY” (Éxodo 3:14), es decir, Aquel que existe, que es inmutable en sí mismo, que nunca cambia. Nosotros como seres humanos no somos, sino que llegamos a ser. Nunca podremos volver a ser lo que fuimos un minuto, una hora, un día antes. Tal vez el cambio no sea perceptible hasta después de algunos años, pero cambiamos a cada momento, físicamente y desde todos los puntos de vista, envejecemos, dejamos de

ser. Sólo Dios es y permanece el mismo (Salmo 102:27; Hebreos 1:10-12; Deuteronomio 32:39).

Especialmente en el evangelio de Juan el Señor Jesús, consciente de su majestad divina, reivindica el título de “Yo soy” en varias ocasiones. Por ejemplo, en el cap. 8 v. 58, cuando los judíos se oponían a él, dijo: «Antes que Abraham fuese, yo soy». Aparentemente es una incorrección gramatical. La concordancia de los tiempos exigiría: «Antes que Abraham fuese, yo era»; pero el Señor pone énfasis en su existencia eterna, sobre el presente continuo que es para él la eternidad. Y los judíos le comprendieron tan bien, que tomaron piedras para apedrearlo. En el capítulo 18, cuando la multitud fue al huerto de Getsemaní para prender a Jesús, él les dijo: “Yo soy”, y esta palabra, expresando la gloria eterna de su persona, los hizo retroceder y caer a tierra. Ver también capítulos 4:26 y 9:37.

En este evangelio de Juan también hallamos siete ocasiones en que el Señor mismo emplea esta palabra “Yo soy”, seguida de un atributo que manifiesta sus glorias: Yo soy el buen pastor, yo soy la luz, yo soy la vid verdadera, etc. Examinemos brevemente estos siete versículos aplicándonoslos y preguntándonos si Cristo es real y prácticamente esto para nosotros. De paso, notemos la importancia de la cifra siete en este evangelio: nos relata siete milagros del Señor; siete veces dice: Sabiendo (entendiendo o supo) Jesús (5:6; 6:15, 61; 13:1, 3; 18:4; 19:28), lo cual prueba su omnisciencia; también hallamos siete veces la expresión: “es necesario”, o similares (3:7, 14, 30; 4:24; 9:4; 10:16; 12:34).

Tomemos como punto de partida el capítulo 10 versículos 7 a 9: “Yo soy **la puerta**; el que por mí entrare, será salvo”. Queridos lectores, ésta es la base de la vida cristiana. ¿Está usted seguro de haber entrado, arrepentido y por la

fe, en este conjunto de bendiciones eternas, cuya puerta de entrada es Jesucristo? No se fíe de su educación cristiana, de una vida exteriormente honesta, de la habitual lectura de la Palabra para alcanzar la seguridad eterna de la salvación de su alma. Aunque usted tenga padres piadosos y haya sido preservado de la corrupción del mundo, debe pasar por el nuevo nacimiento, por la gran decisión moral que es la conversión. Debe acudir con el peso de sus pecados ante el gran crucificado, porque sólo Jesús es el camino al cielo.

Él mismo dijo: “Yo soy **el camino, y la verdad, y la vida**” (Juan 14:6). Cuando el Señor fue interrogado por el gobernador romano, “le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? Y cuando hubo dicho esto, salió” (Juan 18:38). Su pregunta demostró que no conocía la verdad, y al salir probó que la verdad le era indiferente, aunque tenía ante sí a Aquel que venía al mundo para dar testimonio a la verdad. ¿Qué es la verdad sino la revelación, la manifestación de lo que alguien o algo es en su esencia misma? Aquel que dijo: “He manifestado tu nombre a los hombres” (Juan 17:6) merece ese título, al igual que el Espíritu Santo (1 Juan 5:6), como también la Palabra: “Tu Palabra es verdad” (Juan 17:17). Pero, cosa notable, ese título no es aplicado a Dios Padre, porque el Hijo, el Espíritu Santo y la Palabra son los reveladores, mientras que el Padre es el revelado. Sin ellos permanecería inaccesible, el Dios desconocido. ¿Está usted persuadido, querido amigo, de que en este mundo de mentiras y corrupción, toda la verdad se halla en la Palabra de Dios?

Nuestro versículo de Juan 14 dice que Cristo es no solamente la verdad, sino también **la vida**. En su primera epístola, Juan nos dice: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que

hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada... la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó)” (1 Juan 1:1-2). Debemos constatar que la muerte reina a nuestro alrededor. Bajo el impulso de aquel que tiene el poder de la muerte, esto es, el diablo, ella ha reinado desde la caída de Adán y actúa por doquier según su implacable método de corrupción. ¿Puede haber alguna excepción a esta regla universal? Todo lo que tiene vida está destinado a perecer. Entonces, ¿hay algo sobre lo cual la corrupción no influya? Sí, lo hay, y este es el fenómeno más extraordinario en nuestro universo, hay seres que, aparte de su frágil vida humana, han recibido de Dios, por gracia, una vida divina, imperecedora, la vida misma de Cristo. Esos pecadores perdonados jamás serán separados de Dios, ni siquiera por la muerte física. El Príncipe de la Vida les ha dado la vida eterna, y ellos no perecerán jamás. «¡Porque tú vives, nosotros también vivimos, Señor Jesús!» ¡Qué gloria para el Señor y qué honor para nosotros!

Notemos cómo el Espíritu de Dios insiste en la seguridad de la vida eterna. “Estas cosas os escribo a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna” (1 Juan 5:13). El creyente que ama al Señor tiene aquí una confirmación, un testimonio interior de que posee la vida eterna, y por medio de esta feliz seguridad afirma su llamado y su elección. “El que cree en el Hijo de Dios, tiene aquí el testimonio en sí mismo... Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna” (1 Juan 5:10-11). “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). ¿Manifestamos nosotros esta vida divina con su carácter celestial “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”? (Colosenses 1:27).

Si no se discierne ningún cambio en la vida del que dice haberse convertido, si él no tiene ninguna seguridad de su salvación, ningún deseo de orar ni leer la Biblia, ningún deseo de testificar de Cristo o frecuentar a otros cristianos, podemos dudar de la realidad de su nuevo nacimiento. Hagámonos la pregunta: Cristo es la vida eterna y la comunica a todo aquel que cree, ¿pero estoy seguro de poseerla y manifestar sus frutos?

Ya hemos considerado a Cristo como la puerta, el camino, la verdad, la vida, pero ante la tumba de Lázaro, él manifestó otra de sus glorias: “Yo soy **la resurrección** y la vida” (Juan 11:25). Estas simples palabras, recordadas tantas veces en las tumbas de cristianos que duermen en Cristo, son un poderoso consuelo para los que sufren por la pérdida de un ser querido. No estamos inmunizados contra la muerte, pero tenemos la firme esperanza de la resurrección, porque nuestro Jefe es “el primogénito de los muertos” (Apocalipsis 1:5;) y “el primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:18).

Alguien dirá: pero otras personas resucitaron **antes** del Señor. El Antiguo Testamento nos relata tres de esos acontecimientos (el hijo de la viuda de Sarepta, el hijo de la sunamita y el hombre que tocó los huesos de Eliseo en su sepulcro, 2 Reyes 13:21). Los evangelios también mencionan tres (el hijo de la viuda de Naín, la hija de Jairo y Lázaro). Pero todas estas personas tuvieron que morir una segunda vez, sin haber hablado, de sus experiencias durante su corta permanencia en el más allá. Su cuerpo retornó a la corrupción, mientras que el Señor Jesús, el Príncipe de la vida, el Autor de la vida (Hechos 3:15), entró voluntariamente en la muerte para pagar todas las deudas que habían ocasionado nuestros pecados ante Dios; pero el olor mismo de la muerte no pasó sobre él (tumba nueva)

y su carne no vio la corrupción (Hechos 2:31), contrariamente a lo que sucede con todos los humanos. El Señor se halla entre los resucitados con la preeminencia, la dignidad, la supremacía del primogénito de entre los muertos.

Pero Dios nos ha vivificado y resucitado juntamente con Cristo (Efesios 2:5-6), y esta vida de resurrección caracteriza no solamente al último Adán, sino también a todos los que creen en él. La contemplación del hombre Cristo Jesús glorificado nos transforma en su misma imagen, de gloria en gloria. Él mismo dice: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Juan 17:19). Este versículo sólo puede comprenderse si damos al verbo santificar su principal sentido: «poner aparte, separar». Preguntémosnos, pues, qué efecto santificador y práctico tiene sobre nuestra vida el hecho de que Cristo sea la resurrección y la vida.

Una nueva gloria del Señor Jesús es revelada por el evangelista Juan cuando dice: “Entre tanto que estoy en el mundo, **luz** soy del mundo” (Juan 9:5; 8:12). Él hizo brillar esta luz, el resplandor de su gloria moral, en las tinieblas de este mundo, pero contrariamente a lo que sucede en el mundo físico, las tinieblas morales no han sido disipadas. El mundo no pudo soportar esta luz que le mostraba su estado abominable y lo condenaba. Sólo tuvo reposo cuando clavó al Señor Jesús en una cruz, y él se dejó atar, diciendo: “Esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas” (Lucas 22:53). En el Gólgota se levantó una cruz, la gran paradoja de la historia humana, el punto culminante de la lucha entre un Dios que atrae en su gracia y el hombre que resiste. Aparentemente Dios aceptó perder. Parecía que llegaba la hora de la victoria de los poderes de las tinieblas y de la muerte, pero en realidad era la hora de la luz eterna que saldría victoriosa de la tumba. Ahora, Cristo

nos dice: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mateo 5:14). “Sois luz en el Señor; andad como hijos de luz” (Efesios 5:8). Nosotros andamos en la luz y hacia la luz, hacia una eternidad bienaventurada en la gloriosa ciudad. ¡Qué privilegio poder manifestar desde ahora algunos rayos de esta luz divina, vista perfectamente en Cristo!

Pero el Señor Jesús también dijo: “Yo soy **el pan de vida**” (Juan 6:35, 48). Este alimento nos comunica la vida eterna en el momento de la conversión. “Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre... Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Juan 6:51-53). La sangre separada del cuerpo supone la muerte. Debemos alimentarnos, pues, de un Cristo muerto, con el cual hemos de identificarnos para tener la vida eterna.

En el versículo 56 tenemos un segundo aspecto de Cristo como el pan de vida: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí **permanece**, y yo en él”. Es necesario alimentarnos constantemente de Cristo para realizar una comunión continua con él. La nueva vida que poseemos como cristianos sólo puede ser alimentada y sostenida por Cristo. Tenemos dos naturalezas; ¿a la cuál nutrimos? Alguien dijo: «Las dos naturalezas tienen gustos enteramente diferentes... Lo que alimenta a la vieja naturaleza no tiene ningún elemento nutritivo para la nueva, y lo que alimenta a la nueva naturaleza es repugnante para la vieja». ¿Apreciamos a Jesús como el pan de vida, o llegamos a murmurar: “Nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano”? (Números 21:5).

Otra verdad profunda se halla en Juan 15:1-5: “Yo soy **la vid verdadera**... vosotros los pámpanos... separados de mí nada podéis hacer”. Los pámpanos en sí mismos no tienen ningún valor, su función es hacer pasar la savia para

producir el fruto. Notemos la gradación en las palabras del Señor: llevar **fruto**, llevar **más** fruto (v. 2), llevar **mucho** fruto (v. 5). Sin la dependencia y la oración, toda actividad es vana: “Separados de mí nada podéis hacer”.

Queda un séptimo “yo soy” en el capítulo 10 versículo 11: “Yo soy **el buen pastor**”. Este dulce título es precioso para cada oveja de la manada. Meditemos, pues, a menudo en nuestras almas las experiencias benditas realizadas bajo los cuidados del Buen Pastor.

Antes de terminar, preguntémonos qué valor tienen para nosotros esos siete títulos del Señor en Juan: Yo soy el pan de vida (capítulo 6), la luz del mundo (capítulo 9), la puerta de las ovejas (capítulo 10), el buen pastor (capítulo 10), la resurrección y la vida (capítulo 11), el camino, la verdad y la vida (capítulo 14), la vid verdadera (capítulo 15).

J. Khm.

*Gustado hemos, Señor, que Tú eres benigno,
Allegados a Ti, Piedra angular de vida,
Sí, reprobada aquí por este mundo indigno,
Preciosa y sin par, de Dios escogida.*

Himnos y Cánticos Nº 139

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).